

LA APARICIÓN DE SANTIAGO, APÓSTOL

Día 23 de mayo

P. Juan Croisset, S.J.

El apóstol Santiago, que recibió de Jesucristo la comisión de predicar á los españoles el Evangelio, según entiende Santo Tomás de Villanueva, el cumplimiento de la petición hecha al Hijo de Dios por la madre de los Zebedeos, después que con sumos trabajos y penosas peregrinaciones puso en ejecución la voluntad de su Maestro, viniendo á predicar á esta región dichosa, no ha olvidado jamás desde el Cielo el promover con su poderosa intercesión sus felicidades, procurándolas muchas veces con repetidos milagros. La Iglesia de España, justamente agradecida á los beneficios de tan benéfico Patrono y Padre de su fe, celebra con solemnes festividades los dones preciosos con que ha sido enriquecida. Uno de ellos, y el más considerable después del primitivo de su predicación, es la aparición portentosa de este santo Apóstol, con que libró á España de la mayor ignominia, peleando en sus batallas y capitaneando sus escuadrones para darla una victoria enteramente milagrosa y fuera de sus esperanzas. La autoridad de nuestra Iglesia, que celebra esta festividad, y los multiplicados escritos de varones sabios que refieren esta aparición, hacen calmar las dudas que la curiosa erudición de algunos modernos ha esparcido sobre este hecho piadoso, que, deducido de nuestros historiadores, es como se sigue:

En el tiempo del cobarde, y lúbrico Mauregato llegó España á un estado de infelicidad y de impotencia igual al de soberbia y de poder á que había subido la

dominación de los sarracenos. Conocieron éstos la flaqueza y debilidad de los cristianos, quienes, sumergidos en la molicie y demás vicios vergonzosos, se habían olvidado de aquel antiguo valor en las armas que había dado en qué entender por espacio de más de dos siglos á todo el orgullo y fuerzas formidables de aquella República que las tuvo suficientes para destruir á Cartago. Llevaron, pues, su insolencia hasta el exceso de pedir un tributo á los príncipes españoles, tan inicuo como vergonzoso. Consistía éste en pagar anualmente cien doncellas casaderas, que se sorteaban entre las más nobles y hermosas, para servir á la incontinenencia de los bárbaros. Los españoles vivían por esta, causa en una continua amargura. Criaban á sus hijas con cuidado y regalo, pero considerando al mismo tiempo que había de venir un día en que las apartasen de su seno para entregarlas, como inocentes corderas, en las garras de lobos carniceros: el dolor, las lágrimas y los suspiros de las piadosas madres, al ver tan precioso fruto de sus entrañas prostituido á la bárbara carnalidad de los enemigos de Jesucristo, se tenían que sofocar y desentender á vista de la cobardía y abatimiento en que estaba sumergida España. Las inocentes doncellas se veían precisadas á dejar el amado seno de sus padres, sus parientes, sus amigas, la tierra amada en que habían sido criadas, y alejarse de la sacrosanta religión en que habían sido educadas, para vivir con una gente bárbara y feroz, embrutecida con los excesos de la carnalidad y ciega con las tinieblas de una brutal superstición. Ni las sentidas lágrimas que corrían por sus hermosos rostros, ni los gritos que enviaban al Cielo, levantando á él las manos é implorando su piedad; ni el arrancar sus cabellos, ni llenar el aire de lastimosos suspiros, eran parte para que se dejase de cumplir el inicuo pacto que las adjudicaba á los sarracenos por tributo.

Tanta calamidad, tan vergonzosa miseria no tenía

esperanza de verse ahuyentada de nuestra España sin un especial patrocinio del Cielo; porque las fuerzas, excesivamente inferiores á las de los bárbaros; la cobardía que se había apoderado de los corazones viciosos, y la habitud que habían contraído los españoles con la infamia, cerraban las puertas á todo humano socorro. Quiso, finalmente, el Cielo poner término á tanta desventura, infundiendo en el corazón de Ramiro, príncipe glorioso, que mandaba por entonces á los españoles, el generoso pensamiento de quitar de su pueblo este escándalo afrentoso. Era el rey de los moros Abderramán II, hombre soberbio y feroz, que, con la prosperidad de las victorias que había conseguido contra su tío en el principio de su reinado, se había hecho mucho más poderoso é insolente. Deseaba con ansia mover guerra contra los cristianos, para lo cual buscaba algún pretexto especioso con que colorear sus infieles intenciones. Había habido alguna interrupción en la paga del inicuo tributo, bien fuese por retardarle con alguna seriedad los españoles, ó bien porque los moros, detenidos en otras guerras, no estaban en disposición de hacérsele pagar con las armas. Envió, pues, embajadores á Ramiro, exigiendo orgullosamente las cien doncellas, y acompañando esta exacción con terribles amenazas. Bien conoció el prudente Rey que éste era un medio de declararle la guerra; y, como su poder era tan inferior, no dejó de turbarse y concebir algún temor; pero, gobernando su corazón el honor y la piedad, y mucho más fortaleciéndole los influjos celestiales, determinó pasar primero por todos los contratiempos y reveses de la fortuna, que consentir en la ejecución de tan torpe infamia. Despidió á los embajadores con entereza y severidad, asegurándoles que solamente el derecho de gentes les podía libertar del justo castigo que merecía su torpe comisión. Luego que partieron los embajadores llamó á consejo Ramiro á sus grandes para deliberar sobre los medios de la guerra, que ya miraban como

declarada. El celo del honor y de la religión encendió los corazones de todos, de modo que la tuvieron por justa, y prometieron emplear en ella, no solamente sus haciendas, sino su sangre y sus vidas.

Establecido esto, hicieron levadas en todo el reino para juntar un ejército respetable, forzando á alistarse y tomar las armas á todos aquellos que eran capaces de manejarlas, reservando prudentemente los brazos necesarios para el cultivo de los campos, de donde le había de venir la principal fuerza al ejército. Sabía muy bien el prudente príncipe que no consiste la fuerza de un ejército en lo numeroso, sino en lo bien disciplinado y bien mantenido; por tanto, sus providencias tiraban á precaver los desastres del hambre aun más que los de la guerra. Habiéndose juntado un ejército lo más crecido que se pudo en aquellas circunstancias, salieron contra los moros acompañando las banderas los sacerdotes, obispos, grandes y proceres del reino y toda persona respetable. Sin embargo de que iban á pelear por una causa tan justa, como conocían el gran poder del enemigo, su orgullo y soberbia, iban sumamente recelosos de poder alcanzar victoria. Encomendaron mucho á Dios la expedición; armáronse con la señal santa de la cruz, y para dar á entender al enemigo que estaba lejos de ellos el temor, rompieron por sus tierras haciendo correrías y talas, particularmente en la Eioja, que entonces pertenecía á los sarracenos. El rey de éstos, Abderramán, no se descuidaba por su parte en reclutar gentes de sus estados, proveerlos de armas y caballos y hacerlos ejercitar en los movimientos de la guerra. Hizo además de esto que le viniesen gentes del África, gran cantidad de provisiones y cuanto juzgó necesario para dejarse caer como un rayo sobre los cristianos y hacerles pagar el infame tributo. Caminaron los dos ejércitos, buscándose uno á otro con deseos de encontrarse, y con los recelos que produce el saber que las contingencias de

la guerra son varias y la fortuna caprichosa. Cerca de Albelda, fortaleza respetable en aquel tiempo, y conocido después por el monasterio de San Martín, que edificó en aquel pueblo D. Sancho, rey de Navarra, llegaron á avistarse los dos campos de cristianos y de moros.

La priesa con que se había juntado nuestro ejército no permitía que sus soldados fuesen muy diestros en el arte de pelear; por el contrario, los enemigos traían soldados veteranos, enseñados con la experiencia y ejercicio, lo cual, junto con la superioridad del número, les daba mucha ventaja. Sin embargo, dióse la batalla de poder á poder, y con el mayor ardimiento, en las comarcas de Albelda, batalla de las más sangrientas y memorables que se dieron en aquel tiempo. Peleaban por una y otra parte los soldados como rabiosos leones; nuestros capitanes acudían á todas partes, encendiendo y animando á nuestros soldados más poderosamente con el ejemplo que con las palabras; pero la victoria permanecía indecisa. Ya llegaba la noche sin desistir de la pelea y la matanza; pero como los soldados de los moros eran tantos en número, y se sucedían unos á otros, entraban de refresco en la pelea, y llegaron ya á debilitar nuestro ejército, de manera que solamente el cerrar la noche con grandes tinieblas y oscuridad pudo quitar á los moros una completa victoria. Esta noche fue el remedio de los cristianos, así como acontece que de pequeñas casualidades suele muchas veces tomar ocasión la fortuna para manifestar maravillosos acaecimientos en la guerra. El rey Ramiro, viendo á sus gentes sumamente destrozadas y desfallecidas por el trabajo y el cansancio del día, se retiró á un monte cercano, en donde se atrincheró lo mejor que pudo para guardarse de cualquier insulto del enemigo. Esta acción, aunque no dejó de ser de soldado prudente y experimentado en aquellas circunstancias, era indicio de

que su corazón se reconocía algún tanto por vencido. En aquella noche hizo curar á los heridos; y aunque los sucesos del día les había hecho perder toda esperanza de felicidad, dirigían á Dios sus votos con gran copia de lágrimas, esperando en su divina misericordia que no permitiría que el pueblo cristiano fuese presa de sus enemigos. El Rey, lleno de amargura y de dolor, enviaba sus suspiros al Cielo demandando piedad y solicitando que aplacase sus enojos. Quebrantado de su misma tristeza se quedó dormido, y entre sueños vio al apóstol Santiago, que con grande majestad y grandeza confortaba su corazón, asegurándole que diese la batalla, con la certidumbre de que conseguiría la victoria. Con un anuncio tan feliz despertó el Rey sumamente regocijado, y, mandando juntar inmediatamente á los prelados y á los grandes, les hizo un discurso lleno de confianza y de ánimo en estos términos:

«Todos cuantos estáis presentes, ioh esforzados varones!, sabéis tan bien como yo la triste situación en que nos hallamos: la batalla de ayer fue para nosotros más presto adversa que favorable, y hubiéramos sido vencidos, si á nuestra debilidad y corto número no hubiera favorecido la noche. Gran parte de nuestros bravos soldados yacen muertos en esa Campiña. Sabéis cuan considerable es la de los heridos, y que el temor de suerte más funesta tiene á los demás amedrentados. Los enemigos, que por su número nos eran superiores, han cobrado nuevas fuerzas con nuestro destrozo y con los beneficios que lograron ayer de la fortuna. El honor y la religión nos han juntado en este sitio: huir, es cosa vergonzosa; permanecer atrincherados sin esperanza de socorros, es cosa imprudente; y así no nos queda más medio que volver á la pelea, y verter, si fuese menester, nuestra sangre en defensa de la patria, del honor y de la religión. Ensanchad vuestros corazones, y confiad que

cuanto nos falta de fuerzas naturales y de socorro humano, otro tanto suplirá el Cielo con sus beneficios. Avivad la fe en vuestras almas, y no creáis que es superstición lo que vais á oír. Sabed que esta noche se me ha aparecido en sueños el apóstol Santiago, y me ha certificado de la victoria contra nuestros enemigos. Fijad, pues, una santa confianza en vuestros corazones; que aunque la fácil credulidad es criminal apoyada en ligeros motivos, es mayor delito todavía la falta de fe cuando el Cielo la atestigua con sus maravillas en tan críticas circunstancias. ¡Ea, pues, amigos, arrojad todo temor de vuestros pechos! Por no pagar un infame tributo juzgasteis debido derramar vuestra sangre; ahora ya no hay medio: ó quedar esclavos y cautivos de los moros, ó vencerlos en batalla, abatiendo su orgullo, defendiendo nuestra libertad, rescatando el honor de nuestras hijas y poniendo en salvo los augustos misterios de la santa religión que profesamos». Pronunciando este discurso, que hizo en los soldados y grandes todo el efecto que deseaba, y refrescadas sus tropas, mandó ordenar los escuadrones y hacer la señal de pelea. Nuestros soldados, cual si fueran bravos leones, acometieron á los enemigos, apellidando á grandes voces á Santiago; de donde tiene su origen la costumbre de decir los españoles al tiempo de acometer: *¡Santiago, cierra á España!* Sorprendiéronse los sarracenos al ver el ímpetu y valor con que les acometían unos enemigos á quienes contaban por vencidos, y creció más su confusión con los favores que nos vinieron del Cielo. Santiago, cumpliendo la palabra que había dado al Rey entre sueños de auxiliar sus tropas, se dejó ver en el aire cercado de una luz resplandeciente que deslumbraba y producía contrarios efectos: en los cristianos valor, alegría y confianza; y en los moros tristeza, terror y espanto. Venía el santo apóstol montado en un caballo más blanco que la nieve; en la una mano traía un estandarte con la señal sacrosanta de la cruz, y en la otra una fulminante

espada, que parecía un rayo según la velocidad y destrozo con que la esgrimía. Púsose á la frente de nuestras tropas, y con su vista creció en éstas el denuedo y la confianza, y en las sarracenas entró tal terror, que se pusieron en precipitada fuga. Siguiéron los nuestros el alcance, y en él mataron sesenta mil moros, apoderándose después de muchos lugares y tierras que estaban en su poder, entre ellos Albelda y Calahorra. Consiguióse esta milagrosa y memorable victoria en el año del Señor 844 y segundo del reinado de Ramiro. Dieron gracias á Dios por una acción tan gloriosa, que quitó de España un tributo tan infame, y abatió por entonces el orgullo del más poderoso rey de los sarracenos. Dícese que en agradecimiento de este grande beneficio hizo el Rey, juntamente con los grandes y prelados, un solemne voto al apóstol Santiago, obligando á todas las provincias de España á pagar anualmente á su iglesia cierta cantidad de trigo, el cual voto aparece después confirmado con bulas pontificias y pagado por algunas provincias. Con los despojos de esta victoria, que fueron riquísimos, hizo Ramiro construir cerca de Oviedo una iglesia magnífica, dedicándola á la Madre de Dios; y otra, no lejos de allí, con la advocación de San Miguel. Agradecida la Iglesia de España á tan singular beneficio, celebra en este día esta portentosa aparición, reconociendo en ella á Santiago, no solamente por Padre de su fe, sino también por su Patrono.

La Misa es propia de la Aparición de Santiago, y la oración la que sigue:

iOh Dios, que encargaste misericordiosamente la nación española á la protección de tu bienaventurado apóstol Santiago, y que la libraste por él de la ruina que la amenazaba! Concédenos que, con la protección del mismo santo apóstol, lleguemos á gozar de la paz eterna. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es del libro segundo de los Macabeos, cap. 15.

En aquellos días: Macabeo tenía siempre viva fe y esperanza de que Dios le había de dar socorro, y exhortaba á los suyos á que no temiesen ver venir contra ellos á las naciones, sino que se acordasen de cómo en otro tiempo habían sido ayudados del Cielo, y esperasen entonces que el Omnipotente les había de dar victoria; y hablándoles de la ley y los profetas, y acordándoles las empresas que antes habían acometido, los hizo más animosos; y, habiendo fortalecido de esta manera sus corazones, les ponía delante de los ojos la perfidia de las gentes, y cómo habían violado los juramentos. Armó á cada uno de sus soldados, no con lanza y escudo, sino con excelentes razonamientos y exhortaciones, refiriéndoles un sueño fidedigno, con el cual á todos llenó de alegría. Exhortados, pues, los soldados con las eficacísimas palabras de Judas, capaces de excitar el valor y confortar los corazones de los jóvenes, determinaron combatir con denuedo y juntar los escuadrones, para que el valor fuese el juez de los negocios, atendiendo á que la ciudad santa y el templo estaban en peligro. Era menor el cuidado que les costaban sus mujeres, sus hijos, sus hermanos y parientes, que el sumamente grande y principal temor que tenían por la santidad del templo; aun aquellos que estaban en la ciudad tenían no poca inquietud por la suerte de los que habían de entrar en batalla. Y estando ya todos esperando la decisión de la contienda, presentes los enemigos, puesto en orden el ejército, y los elefantes y la gente de á caballo colocada en lugar oportuno; considerando Macabeo aquella multitud que se avanzaba, y el aparato y variedad de armas y la ferocidad de los elefantes, extendiendo las manos al cielo invocó á aquel Señor que obra prodigios, el cual, no según la fuerza de los ejércitos, sino según su voluntad,

da la victoria á los que son dignos de ella. Y le invocó con estas palabras: Tú, Señor, que en tiempo de Ezequías, rey de Judá, enviaste tu ángel y mataste en el campo de Senaquerib ciento ochenta y cinco mil hombres, envía también ahora ¡oh Señor de los Cielos! á tu buen ángel delante de nosotros con la fuerza del terrible y tremendo brazo tuyo, para que teman aquellos que blasfemando vienen contra tu santo pueblo. De este modo acabó su oración. Entre tanto, Nicanor y su gente se acercaban al son de las trompetas y de las canciones. Y Judas con los suyos, invocando á Dios con la oración, acometieron á la multitud; y combatiendo con los brazos, pero invocando á Dios con el corazón, mataron nada menos que treinta y cinco mil hombres, habiendo sido grandiosamente confortados con la presencia de Dios.

REFLEXIONES

En todos los tiempos ha sido Dios el mismo para con aquellos que le sirven con corazón puro y amor verdadero. En todos tiempos ha manifestado la grandeza de su poder á favor de aquellas gentes que ponen en El su confianza. El hecho de Judas Macabeo, que refiere la epístola de que usa la Iglesia en la festividad de este día, es tan semejante á la aparición que celebra la Iglesia de España, que más parece identidad que semejanza. Nada hay en este mundo que pueda resistir á la fuerza del poder divino; pero éste no se manifiesta sino cuando una fe viva y una firme esperanza en la divina misericordia son el alma y espíritu de nuestras súplicas. He aquí el origen de la ineficacia de nuestras oraciones, y de que nos apartemos de los sagrados altares con el desconsuelo de no haber conseguido lo que solicitamos. En los grandes conflictos, en las necesidades que nos oprimen, en las enfermedades, en el peligro de perder la hacienda, el honor ó la vida, nada hay más frecuente que acudir los fieles con votos y promesas á implorar la

caridad del Cielo, poniendo por intercesores aquellos santos de quienes son devotos. Pero también es verdad que nada hay más frecuente que ver frustradas semejantes diligencias, viéndonos obligados á sufrir los reveses de la fortuna y los males que nos acarrearán nuestros enemigos. Lloramos nuestras desgracias, vemos con dolor que el Cielo nos desampara; pero no reflexionamos que está con nosotros mismos la causa de hacer que el Cielo observe con nosotros diversa conducta de la que ha tenido con nuestros padres en distintas ocasiones.

Refórmense primeramente las costumbres; lléguese á las aras del Altísimo con lágrimas de verdadera compunción; preceda á nuestras oraciones la observancia puntual de los divinos preceptos, y entonces se verá que nuestras novenas son fructuosas, nuestras oraciones eficaces, y nos apartaremos del santuario llenos de consolación con los favores del Cielo. Seamos, pues, lo que debemos ser, y no dudemos que los santos serán nuestros protectores, y, si fuese menester, repetirá el Cielo sus milagros para librarnos de las enfermedades, de las calumnias, del deshonor; en una palabra, de todos nuestros trabajos y de todos nuestros enemigos.

El Evangelio es del cap. 20 de San Mateo, y el mismo que el día 6.

MEDITACIÓN

Sobre la ingratitud.

PUNTO PRIMERO.—Considera que, entre los vicios humanos, apenas hay alguno que nos aparte tanto de Dios como la ingratitud que manifestamos á los beneficios que nos hace su divina bondad, ya inmediatamente por sí mismo, ya por medio de sus

elegidos.

El gran Padre de la Iglesia San Agustín (cap. 18, Sol.) asegura que *este vicio es la raíz de todos los males espirituales, y un viento abrasador que deseca todo bien y cierra á los hombres la fuente de la divina misericordia.* Dicho esto, apenas hay que añadir una palabra á una sentencia tan terrible de un Padre de la Iglesia. De ella se infiere cuánto nos aparta la ingratitud de nuestro Dios y Señor cuando nos cierra la fuente de las divinas piedades. Pero esto es un justo castigo del corazón ingrato, porque no merece menos el desprecio de Dios y de sus beneficios. El olvidar éstos, el negarlos, ó no dar continuamente las gracias debidas por ellos, denota en nuestra alma desamor á nuestro Criador, y que hacemos poco caso de sus castigos ó de sus misericordias. El corazón humano es de tal naturaleza, que dificultosamente puede simular sus verdaderos afectos. Trata con complacencia las cosas pertenecientes á aquellas personas que ama, se deleita con su memoria, y halla mucho gusto y regocijo en tratar de sus gracias en todas las conversaciones. Por el contrario, odiamos el nombre y la memoria de aquellos que aborrecemos, y encontraríamos satisfacción en que se borrara del mundo cuanto les hace recomendables. Así como el amor produce amor, de la misma manera el desprecio y odio produce envilecimiento y horror; de consiguiente, siendo desconocidos para con nuestro Dios, hacemos á este Señor que lo sea con nosotros, y violentamos en cierta manera su bondad para que nos aborrezca. A esto se llega con nuestras ingratitudes: frustramos los intentos de Dios cuando nos favorece con beneficios; porque, no pudiendo ser éstos otros que provocarnos á tributarle alabanzas, puesto que ni necesita de nuestros bienes, ni puede tener temor de necesitarlos en lo futuro, resta únicamente el pretender nuestro bien y santificación, y que ensalcemos su gloria.

PUNTO SEGUNDO.—Considera los poderosos motivos que tienes para ser agradecido á Dios y á sus santos, para que, trayendo siempre tu alma empleada en consideración tan fructuosa, te libre de los males de la ingratitude.

El real Profeta Santo David, reconocido á los muchos beneficios que había recibido de la generosa mano del Dios de Israel, ya ensalzándole al trono desde el humilde cayado, y ya dándole victoria de sus enemigos y dolor de sus excesos, exclamaba lleno de gratitud: (Ps. 33.) *En todo tiempo, á toda hora bendeciré al Señor, y siempre sin intermisión estarán en mi boca sus divinas alabanzas.* Sabía muy bien el santo Profeta que es corto el tiempo de esta vida mortal para dar á Dios las debidas señales de gratitud que exigen sus beneficios. ¿Qué tienes en lo natural que no lo hayas recibido de su piadosa mano? La salud, el ser y la existencia; la conservación maravillosa entre los infinitos peligros á que está expuesta la infancia; la honestidad de tu nacimiento, el carácter de tus padres, los bienes de fortuna con que te sustentas sobre la Tierra, los frutos copiosos que logran tus trabajos á los tiempos oportunos, la misma tierra que te sustenta, el aire que fomenta la vida, la luz del Sol que te alegra y regocija, son bienes tan palpables, que cada uno de por sí merece todo el reconocimiento de tu corazón.

Si á todo esto se añade la continua efusión de auxilios y de gracias con que el Espíritu Santo te aparta continuamente del mal y te inclina al bien, se hace preciso sacar por consecuencia, respecto de la gratitud, el mismo modo de sentir que tenía San Pablo respecto de la caridad; que es decir que, aunque todos tus miembros se conviertan en lenguas que estén continuamente cantando á Dios alabanzas; aunque tu cuerpo y tu alma, tus sentidos, tus potencias y todos tus afectos entrasen en un horno encendido y ardiesen en fuego de gratitud, todo

ello no bastaría para llegar á cubrir la obligación que tienes de ser á Dios agradecido. Pero, para tu inteligencia, note olvides de lo que dice Jesucristo en el Evangelio, conviene á saber: *Todo lo que hacéis con cualquiera el más mínimo de mis pobres y necesitados, tened entendido que lo ejecutáis conmigo.* Según esta sentencia, aunque no podamos manifestar nuestra gratitud á Dios haciéndole beneficios en su misma Persona, podemos pagarle haciendo estos mismos beneficios á los que le representa, que son los pobres.

JACULATORIAS

¿Qué daré al Señor en agradecimiento de tantos beneficios como he recibido de su misericordiosa mano?—Ps. 115.

Sed agradecidos; y el modo es perseverar continuamente en la oración, velando en ella, y dando á Dios gracias por los beneficios que habéis recibido de su misericordia.—Ad Colossens., cap. 3.

PROPÓSITOS

1. Entre todos los vicios y deslices de que se queja Dios en las Sagradas Escrituras de su pueblo, no hay ninguno que saque de su corazón quejas tan sentidas y amargas como la ingratitud. Los castigos que ha ejecutado Dios con los ingratos, y el modo con que ha manifestado su indignación, prueban igualmente lo horrendo y abominable de este vicio. Bien sabido es el castigo de Amasias, rey de Israel. Háble Dios hecho el beneficio de vencer á los idumeos y otros muchos y poderosos enemigos; y, en lugar de dar á Dios las debidas gracias, adoró los ídolos y los llevó á Jerusalén. Por tanto, irritado Dios, le envió un profeta que le dijese de su parte estas palabras: *¿Es éste el agradecimiento*

con que pagas á Dios el haberte ayudado contra tus enemigos? Sabe que el Señor ha decretado tu muerte, que vengas cautivo á las manos de tus contrarios, y que éstos ejecuten en tu persona una justa venganza.

2. Todo esto, cuanto queda dicho en las meditaciones, y muchas otras sentencias que se pudieran traer de la Escritura y de los Padres, prueban claramente que la ingratitud es el más feo de todos los vicios, y que no hay monstruo tan horroroso como un ingrato. La festividad que celebra en este día la Iglesia de España recuerda á todos los españoles en común, y á cada uno en particular, uno de los más grandes beneficios que ha recibido España, y en esto mismo la recuerda la obligación que tiene de mostrarse agradecida, primeramente á Dios, y después al apóstol Santiago, por cuya intercesión logramos tan grande beneficio: Singularmente las mujeres, y entre éstas las doncellas, deben considerarse como particularmente protegidas, trasladándose con la imaginación á los pasados siglos, y constituyéndose en lugar de aquellas infelices que teñían que servir de tributo á la brutalidad sarracena.